

**Meditación sobre una gran paradoja:
Hacia una comprensión más humana de la subjetividad del suicidio**

Dagnhy Liseth Montenegro Posso

**Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Filosofía
Licenciatura en Filosofía**

2025

**Meditación sobre una gran paradoja:
Hacia una comprensión más humana de la subjetividad del suicidio**

**Dagnhy Liseth Montenegro Posso
Director: Javier Zúñiga Buitrago, Ph.D.**

**Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Filosofía
Licenciatura en Filosofía**

2025

Agradecimientos

A la divinidad por liderar mi existencia.

Al alma mía por su noble persistencia.

A mis hijas Isabella y Violeta porque su cercanía resignificó mi sentido del tiempo.

A mis padres y hermana, Eliécer, Adiela y Daniela por su apoyo incondicional.

A mi familia y ancestros por su amor infinito.

A mi director de tesis y profesor Javier por compartir su conocimiento, comunicación asertiva y profundo altruismo en este gran reto.

A mis amigos que han sido referente de persistencia y han creído en mí.

A cada uno de los profesores con los que coincidimos en el aula, llevo su entrega en mi corazón.

A muchas personas cuyos juicios o anécdotas nutrieron mi labor.

Al Departamento de filosofía y la Facultad de Humanidades por ser lugar de contención durante muchos años que persistí por este sueño académico.

A la Universidad del Valle por cada programa y espacio con el que interactué y fue determinante en mi carrera.

Resumen

Esta monografía invita a una comprensión más humanizada del suicidio que contribuya a la desestigmatización del mismo. En este sentido, se evidencia que frente al acto suicida suele no respetarse la autonomía del otro, ni ser relevante el papel principal que juega la subjetividad; se propone que quien albergue la idea de renunciar a la vida pueda hablar libremente de ello, sin ser estigmatizado, pues en medio del diálogo se puede concebir una oportunidad a la vida; se insta, en este sentido, a que el individuo sea comprendido en su libertad, sin poner en tela de juicio su lucidez. La idea última es reconocer su sensibilidad, su dignidad y tratarla con profundo respeto. Se acude al aforismo como forma de expresión más apropiada en cuanto este permite la profundización en una experiencia multifacética que es, también, personal, que ha dejado huella a lo largo de toda la vida de quien es autora del trabajo y no se deja agotar dentro de una idea estandarizada.

Palabras clave: Libertad, subjetividad, suicidio, muerte, voluntad, libre albedrío, autonomía, dignidad, reflexión, vida, respeto, estigma.

This monograph invites to a more humanized understanding of suicide that contributes to its destigmatization. In this sense, it is evident that in the face of the suicidal act, the autonomy of the other is often not respected, nor is the main role played by subjectivity relevant; it is proposed that whoever harbors the idea of giving up life can speak freely about it, without being stigmatized; it is urged, in this sense, that the latter be understood in his freedom, without calling into question his lucidity. The ultimate idea is to recognize their sensitivity, their dignity and to treat them with profound respect. The aphorism is used as the most appropriate form of expression insofar as it allows for the deepening of a multifaceted experience that is also personal, that has left its mark throughout the life of the author of the work and does not allow itself to be exhausted within a standardized idea.

Keywords: Freedom, subjectivity, suicide, death, will, free will, autonomy, dignity, reflection, life, respect, stigma.

Tabla de contenido

Introducción.....	1
Extinción, los libros y la luz.....	4
Desborde hormonal, ahogo existencial y salvación por revelación.....	6
Aforismos sobre la gran paradoja.....	8
Bibliografía.....	34

Introducción

El dolor no se va, se traslada

Las siguientes reflexiones tienen la intención de despejar algunas inquietudes que han transitado conmigo por años y emergieron como concediéndose un orden de llegada, siendo esta experiencia de escritura parte de la vida misma pues se nutrió de ella. Al escribir sobre la gran hipocresía que constituye obviar el tema de una idea suicida que puede habitarlos o negarnos a hablar de hechos contundentes en función del suicidio.

Lo que llaman depresión puede ser una respuesta muy natural e intuitiva frente a la condición humana y al sentido ambivalente de la vida que nos lleva a estados del ser donde cuestionamos la existencia. Dicha vivencia no solo debería ser diagnosticada como algo patológico o un estado determinado. La historia con la que inicia esta meditación escrita en aforismos muestra algunos matices de la inherente ambivalencia de la vida, el testimonio de una persona que considera ha permanecido en lucidez, porque pudo afrontar múltiples aristas de esta y ejercido muchos roles en ecuanimidad; pero se ha descubierto como un ser humano que cuestiona su existencia, que puede hacer cesar su vida. Recordaba a Camus (2021) cuando afirmaba al suicidio como tema prioritario para la filosofía y, en este sentido, entiendo que si el ser humano reconoce su alcance frente a la existencia, sabe que tiene el poder de acabar con su vida; de primera mano se hace consciente de *que puede arrancarse el corazón*; de ahí para adelante se construye todo... todo en cuanto a creatividad del ser humano por sostener la vida, parte de esa conciencia y no porque simplemente se sepa mortal, sino que, frente al poder de autoaniquilación, elige en adelante inventarse símbolos y construir un mundo para nutrir su existencia. Logra hallar sentido o permanecer en dicha construcción; para Critchley(2022) puede ser una búsqueda muy peligrosa, pues hace el camino incierto, sugiere que el ser humano debe renunciar a ese móvil porque esa búsqueda mal concebida podría llevarnos al suicidio. El sentido de la vida no se halla en un lugar, no es un punto de llegada; es un estado permanente de la existencia, consiste en esencia en los ires y venires de la vida. Coincido plenamente en que debemos clarificar deseos y proyectar metas, pero el sentido de la vida es inherente al existir.

Desde mi experiencia vital concluyo que la vida debe ser de provecho en la fuerza de nuestros alcances, porque este camino recorrido no ha sido solo reflexionar y escribir, sino validar la vida misma. Habitar ideas que consideras claras pero que nunca han sido confrontadas con argumentos contrarios o con algún matiz de variación priva a tu verdad de validarse o quizá de persuadirse como bien lo expreso Mill (1971) *El hábito constante de corregir y completar ideas, comparándolas con otras, lejos de producir dudas y vacilación, es el único fundamento estable de una justa confianza en todo aquello que se desee conocer a fondo*. Fue vital poner sobre la mesa un tema como el suicidio para abordarlo con la sensibilidad de un alma que nunca había dialogado con otra persona sobre el poder de autoaniquilación que tenemos, encontrando en la memoria solo un vago recuerdo (yo de 19 años en una conversación con un amigo) “¿Será que con el tiempo se transforma el desprendimiento que se puede sentir frente a la vida?”. Y él contestaba que sí. Al final, la investigación termina gestando la apertura que se demanda y generando la oportunidad de diálogos y lugar para pensamientos que nos habitan sobre cómo se concibe *el morir por mano propia* y todo lo que lo que implica.

Identificar y resolver las dudas que condicionan nuestros pensamientos y por ende los actos, es resultado de una ardua actividad reflexiva que debe permear cada etapa y escenario de nuestra vida, así se podrá un día mirar a la cara el dolor o la angustia y decirle: – Te reconozco, pero sé que renunciar a mi vida no hará que desaparezcas, permanecerás en la comunidad que me vio nacer, te impregnarás en los seres que amo y que quizá hasta hoy no hayan habitado ese lugar de desolación; persistiré porque la gratitud a tocado mi ser y la luz ha sido encendida.

Cuando logren darle nombre o lugar a su dolor y no desistir, sino que haya razones o sinrazón a la renuncia, es menester saber que el dolor se ríe con la muerte de la inocencia del suicida, la angustia no se va, solo viste al dolor para encarnar un nuevo cuerpo.

De ahí el agobio en las personas, consideremos que el ámbito subjetivo del individuo al no ser comprendido sólo posibilita una herencia de dolor, es como un ente nefasto que se traslada porque es eterno y viaja paralelo a la vida. ¿Qué nos queda?: acompañarnos, escucharnos, dialogar, sonreír, no sobrevivir, ¡vivir!

(...) Brevemente os daré respuesta. Cuando sale un alma feroz del cuerpo de que ella misma se separa, la envía Minos al séptimo círculo; cae dentro de esta selva, y no tiene lugar ninguno designado, sino aquel que le depara la fortuna. En él germina como un grano de escanda, y crece como retoño y como planta silvestre; las arpías después, alimentándose de sus hojas, introducen en ellas el dolor, y por allí mismo dan salida a sus lamentos. Como las demás, iremos a recoger nuestros despojos; más no por eso logrará ninguna recobrarlos, pues no es justo tener aquello de que uno sea privado
Divina comedia p.104

Extinción, los libros y la luz

El dolor y el horror transmitido de generación en generación rodeaba cada célula de nuestra constitución humana, cada paso concedido gestaba un andar de cuentas pendientes. Experimentaba ciertos rasgos en mi carácter que asociaba a una herencia de miedos arraigados por la debilidad de consciencia y fé. Aquel miedo que pudo habitar a muchos de mis ancestros tenía fuentes certeras de sufrimiento como desplazamientos por guerra y diversos abusos a sus dignidades. Sus silencios, omisiones, renunciadas y precariedad eran una proyección en privado de aquello que culturalmente se había normalizado en muchas comunidades. No hallábamos explicación al recibir y ejecutar tanto mal. Nuestra historia ya se erguía como infinitos periodos de sometimiento, lucha y sueños de libertad. Ya para mi momento nuestro árbol genealógico pretendía extinguirse; históricamente esto era posible, muchos clanes habían desaparecido. Otra evidencia de ello podía ser que la mayoría de hermanos, primos y amigos anunciaban su negación frente a tener hijos, señal clara del ocaso para el futuro de la humanidad. Por otro lado, algo muy grande, poderoso y rotundo habitaba mi Ser. Podría explicarlo como un pensamiento intuitivo que me sostenía, y sugería que aún podía sanar y soñar ¡que aún podía trascender, vivir! que había posibilidad, ¿de qué? me preguntaba; por ahora “de permanecer” fue la respuesta.

El deseo de morir se hizo consciente mucho antes de la cúspide de la pubertad, a los 12 años ya me asistía una rotunda verdad: no debía acostumbrarme a sobrevivir; persistiría por otorgarle a mi alma la virtud que esta vida podía darle; pero a medida que avanzaba sentía que se hacía más difícil cumplirlo, avanzar no era solo persistir, era sentir de forma muy profunda la complejidad de sostener la vida. Respiraba y no me adaptaba, padecí alergias desde niña; este plano no era mi casa, sentía permanentemente una sensación de soledad muy honda y a la vez un aire de libertad que llegaba con el viento. En aquel escenario, los libros me salvaron, me mostraron lo limitada que estaba siendo mi visión heredada y me prometieron otro camino, convocaron mi sangre hacia la luz, impregnaron mi visión de magia, eso traía cada letra para mi... ¡magia!; pero aún con el paso de los años se hacía difícil habitar un anhelo de longevidad, al parecer cuando la psiquis es tan lacerada por el sufrimiento es colosal pretender la restauración; y aunque descubriera más adelante que en su mayoría ese “dolor no era mío”; en esa etapa proyectaba aquella mirada apática frente a la vida como mi más fiel verdad. Los libros habrían sido el elemento escogido como manos que atizaron mi fuego interior y

redirigieron mi cuerpo hacia la luz, posibilidad de proceder con sabiduría divina para habitar la gratitud y el gozo en la vida....

*Tengo la nostalgia de domingo por llover, de guitarra rota, de
oxidado carrusel, ¡ay Alelí! pobre de mí.*

Victor Heredia

Desborde hormonal, ahogo existencial y salvación por revelación

En años posteriores entendí que una conciencia débil tiende a omitir el valor de la gratitud, pues nuestra percepción de la desgracia o la interpretación del fracaso adquiere un matiz negativo ante la ausencia de gratitud, de allí que es vital reconocerla como un valor fundamental para el ser humano. Para la época de la adolescencia el sentimiento de apatía por la rutina cotidiana necesaria para sostener la vida se incrementó y con ello tenía una consideración permanente de renunciar a respirar que me asistió por muchos años. Hoy he llegado a considerar ese segundo escenario y ver con más claridad lo que pudo ser un efecto de la pubertad, esa descarga hormonal que puede nublar la misión y hacer colapsar el propósito de vida prematuramente.

Logré mantenerme con vida, el pensamiento fue claro: -Debes permanecer, ¿para qué? -El guía de nuevo contestaba: Solo aprende a respirar y espera.

Mi alma astuta ideó un plan magnífico que en retrospectiva pude ver con claridad y lo llamé: “salvación por revelación”; aunque en otros momentos la curiosidad por diversos libros me dio la oportunidad de conocer ideas invaluable, en esta ocasión me sentí rotundamente asistida, respaldada y orientada por medio de la sublime resiliencia transmitida en la historia de Job, compartida en el Antiguo Testamento. Esta historia zarandeó mi alma, me mostró que ninguno de mis pesares ni de lo que concebía que estaba socavando o socavaría mi vida –pues se pesa también la vida por la incertidumbre del futuro–, se podría comparar con lo que este hombre había vivido. Si él pudo permanecer en una conciencia de atesorar la vida, yo también podía hacer el mismo tipo de esfuerzo para honrar la mía. Job fue un hombre sometido a pruebas muy arduas. Le fueron arrebatados todos sus bienes materiales y destruida su integridad física, todo lo que puede constituir el talón de Aquiles para los humanos, le fue atacado; pero su fé en la vida permaneció intacta.

Al culminar la etapa de la pubertad y seguir con vida, reconocía lo temerario y audaz de mi Ser al proseguir con tal alteración en la sangre recorriendo mis venas; alteración servidora de la oscuridad instaurada y consolidada para destruir nuestra especie desde

adentro. Quizá exagero y solo es un reto bien pactado para los humanos; pero lo cierto, es que en aquel momento de mi existencia: el enemigo recorría mi sangre de forma indescriptible.

*Aquella experiencia vital.
10:00 pm, Valle del Cauca.*

Aforismos sobre la gran paradoja

1

El gran impacto que puede causar en nosotros una noticia de “muerte” en pleno siglo XXI nos lleva a pensar qué ha condicionado o que está condicionando ese tipo de respuesta como seres humanos en medio de la realidad que construimos; cuál es la posible raíz de esas ideas que hemos aceptado como propias y nutren nuestro miedo frente a un *fenómeno biológico* como la muerte.

En consonancia con ello el filósofo francés Vladimir Jankelevich (2009) quien desarrolló un bello ejemplar sobre *La muerte*, nos ilustra respecto a lo que podría considerarse una de las raíces del estigma ante este fenómeno, con el siguiente fragmento:

La muerte es la tangente entre el misterio metaempírico y el fenómeno natural; el fenómeno letal es competencia de la ciencia, pero el misterio sobrenatural de la muerte requiere la ayuda de la religión. El hombre tan pronto sólo toma en cuenta la ley natural, olvidándose del misterio, tan pronto se arrodilla ante el misterio, olvidándose del fenómeno. Sin embargo la contradicción de estas dos ópticas facilita toda clase de escamoteos, generadores de aproximaciones, de convenciones y de eufemismos que nos ofrecen seguridad perpetuando los malentendidos. p, 21.

¿Será acaso, entonces, que el aspecto emocional condiciona radicalmente nuestras respuestas negativas ante la muerte?; ¿Aspecto emocional, precisamente ligado a nuestra falta de habituación frente a esta, a la contradicción no resuelta entre la óptica científica y la óptica religiosa? ¿Y, no es, precisamente dicho aspecto, por lo tanto, el que condiciona nuestra reacción negativa frente a esa forma de muerte que es el suicidio y la vuelve más polémica de lo que debiera?

2

La muerte pesa cuando llega para recordarnos cuán ingratos hemos sido con nuestra vida y con quienes acompañan nuestro viaje.

Parecería que el noble don del perdón se filtra como agua en nuestras manos y solo adquiere poder cuando tenemos la certeza de la muerte.

Antes de adentrarnos en la muerte por suicidio pensemos en la muerte en sí misma; en el lugar que ocupa en nuestros pensamientos diarios. Se podría aceptar que elegimos obviarla; que evitamos mencionarla, de allí que sea tan caótico encontrarla de forma directa o indirecta. Como bien lo expresó Montaigne (2007):

Van, vienen, trotan, danzan; sobre la muerte, ninguna noticia. Todo es bonito. Pero también cuando les llega a ellos, a sus mujeres hijos y amigos y les sorprende de improviso y sin protección, ¿qué tormentos, qué gritos qué rabia, qué desesperación no les abruma? ¿Has visto jamás nada tan abatido, tan turbado, tan confuso? Hay que prepararse con más adelanto; y esa despreocupación brutal, aunque pudiera alojarse en la cabeza de un hombre de entendimiento —cosa que me parece del todo imposible—, nos vende su género a un precio excesivo. Si se tratara de un enemigo que pudiera evitar yo aconsejaría tomar prestadas las armas de la cobardía, pero dado que no se puede dado que atrapa huyendo y cobarde no menos que hombre honorable aprendamos a oponer resistencia a pie firme y a combatirla. Y para empezar a privarle de su mayor ventaja contra nosotros, sigamos un camino de todo del todo contrario al común. Privémosle de la extrañeza, frecuentémosla, acostumbrémonos a ella. No tengamos nada tan a menudo en la cabeza como la muerte. (pp. 91-92)

Y, sin embargo, es frecuente escuchar que la muerte natural es por vejez y si le restas sufrimiento sería ideal: *poner el cuerpo una noche cualquiera sobre nuestro lecho con la disposición de descansar una vez más y simplemente no despertar.*

¡Para qué agobiarnos, las horas que nos restan son inciertas, sea cual fuera la forma!

Reflexionar serenamente sobre el suicidio, sobre la ideación suicida pudiera contribuir a habituarnos a esta idea, a hacerla menos escandalosa, a tener una actitud más comprensiva frente al suicida, más humana, que respete su autonomía y su dignidad; a tener de paso una visión menos temerosa frente a la muerte.

Jankelevich describe lo que juega en torno a la muerte:

Y entonces ¿por qué la muerte de cualquiera es siempre una especie de escándalo? ¿Por qué este acontecimiento tan normal despierta en todos aquellos que son testigos tanta curiosidad y tanto horror? Desde que hay hombres y hombres que mueren ¿Cómo es que el hombre mortal no se ha acostumbrado todavía a este acontecimiento natural y sin embargo siempre accidental? ¿Por qué se extraña cada vez que un vivo desaparece, como si semejante acontecimiento sucediera por primera vez? (...) La siempre nueva banalidad de cada muerte tiene muchas semejanzas con la viejísima novedad del amor: el amor es siempre nuevo para los que lo viven. (p 19, 20).

Un escenario de exploración contundente donde se generan estados de alerta, dolor o culpa es al hablar de suicidio. La autoconciencia hace evidente la capacidad que tenemos de quitarnos la vida. Pero es común escuchar: ¿Valiente o cobarde? A lo que surge la siguiente pregunta *¿Qué es aquello que no gestionamos o aceptamos como humanos de cara a la muerte por suicidio?* Analizar una ideación, conducta o hecho en relación al suicidio exige que el ser humano dimensione la capacidad que tiene para procurar su muerte; también implica partir del Respeto, otro valor fundamental inherente a la autonomía de cada individuo. Solo así, podremos empezar a comprender que negamos este aspecto de nuestra condición humana –por tanto, nuestra capacidad de autoaniquilarnos– y que no reconocemos el rango de acción de la autonomía propia y ajena.

Se puede considerar que el infierno de los suicidas está más habitado de lo que consideramos históricamente. Sin hilar muy hondo pensemos en cuántos accidentes que escuchamos a diario pudieron ser actos voluntarios de morir inadvertidos, puesto que no

tuvimos acceso a “la intención”, aspecto subjetivo del individuo. Así mismo, cuántas decisiones ejecutadas durante un amplio margen de tiempo, como consumir drogas o alcohol se convierten en la esencia de un *suicidio paulatino*.

9

No se podría establecer qué debilita más al suicida, si tener la certeza de su condición mortal o la inconsciencia de los demás frente a la autoaniquilación que se procura.

10

Se ha de posibilitar diálogos que permitan superar opiniones con investidura de tabú en torno al suicidio, fenómeno hasta ahora abrumador, pues lo rodean múltiples aristas que constituyen aquel misticismo que te hace sentir coaccionado al intentar hablar de “una” causa de muerte. Tal vez esta labor reflexiva se hace compleja por el desconocimiento o negación de nuestra condición y constitución humana. Así, por ejemplo, al llegar a la etapa de la adolescencia y, en su mayoría, sin la información oportuna de todas las influencias que ejerce en nuestro sistema sanguíneo la nueva actividad hormonal; sometidos así a un influjo de sensaciones físicas y contradicciones mentales que parecen obligar al cerebro a responder frente a ellas, la etapa de la adolescencia se erige como una tirana que lo último que va a ofrecer, si es que resultas afortunado, es ecuanimidad y sensatez. Ya consideraba cabalmente este aspecto Stuart Mill cuando proclamaba los límites de su doctrina sobre la libertad:

(...) Apenas si es necesario decir que esta doctrina no alcanza más que a los seres humanos que se hallen en la plenitud de sus facultades. No hablamos de niños ni adolescentes que no hayan llegado al tope fijado para la mayoría de edad. Aquellos que están en edad de recibir todavía los cuidados de otros, deben ser protegidos, tanto contra los demás como contra ellos mismos. (p,18).

Es necesario realizar, pues, un ejercicio de contención en la etapa de la adolescencia durante la cual presentamos mayor riesgo de crisis existencial, pérdida de identidad y menor resiliencia.

El medio es hostil, los seres humanos valientes. Nos descubrimos como espectadores que tratan de comprender un hecho trascendental y como actores que persisten en sostener el aliento de vida frente a la condición ambivalente de la misma, que es una realidad innegable.

Descubrimos mártires que, desde creencias católicas, cristianas, entre otras, justifican el acto del suicidio; pero cuando un ser humano sin ningún tipo de convicción religiosa reclama autonomía frente a su vida, esta es enjuiciada.

Quizá no tememos a la muerte, tememos al sufrimiento, al dolor; quien prefiere morir a vivir puede habitar una profunda creencia que no hay nada más para el ser humano tras morir o que dicha instancia es mejor que la vida en el planeta tierra. El móvil de dichas creencias también condiciona históricamente a los que serán considerados mártires o enfermos mentales. Y reconocer que la comprensión de los hechos –aún con semejanzas determinadas– consta de escenarios que le son impensables o experiencias que son inaprensibles, que vista la acción del individuo desde la acera de enfrente puede gestar apreciaciones que en su mayoría son rotundamente erradas o con mínimas posibilidades de ser captadas en esencia. El ser humano vive en comunidad, pero es ante todo un individuo dueño de un ámbito íntimo de valor superior, autonomía que debiera ser infranqueable en su existencia después de superar el periodo básico de dependencia para su supervivencia. Esto evidencia una oportunidad, pues nos sitúa ante la necesidad de construir discursos que contengan reflexiones dialógicas sustentadas en lo que habita y proyecta este ciudadano que interactúa fuera de un auditorio, porque así lograremos interactuar en nuestra cotidianidad de una manera eficaz y asertiva; pues es allí donde converge una realidad que constituye nuestro campo de acción.

La persona que se suicida o lo considera, puede legitimar sus acciones en la vulneración de su derecho a una vida digna por parte del estado. La ley y la sociedad que juzga y condena estas conductas quedan sin argumentos ante una inminente realidad: no están garantizando la calidad de vida a gran parte de sus habitantes.

El suicidio pone en evidencia la responsabilidad del estado. Este la delega al área de la salud que en sus discursos expresa que el rango de vida “ideal” está entre los 70 y 75 años; periodo que debería tener garantías para ser vivido de manera digna, cosa que no ocurre en nuestra sociedad, lo que termina propiciando *la autoaniquilación* de muchas personas.

Algunas instituciones tienen gran responsabilidad en construir lo que se ha convertido en una industria de consumo en torno a la “*conducta suicida*”, obviando que en el ser humano la constante en su existencia es el “cambio”. Por ello no resulta acertado tipificar y determinar estados del ser como algo patológico. Dado que según las estadísticas¹ el suicidio evidencia un incremento, tendríamos un llamado a revisar todo nuestro interactuar cotidiano como personas.

El suicidio hoy por medios de comunicación y redes sociales puede ser una noticia de conocimiento masiva, desdibujando así la posibilidad de ocultarlo en sociedad y, si en alguna medida, se pretende que continúe siendo un suceso privado, es porque aún genera vergüenza al pensarlo como un acto degradante y porque pone en evidencia que el estado no está siendo garante de unas condiciones que validen la dignidad. Esta condición concede la oportunidad de que un acto como el suicidio sea justificado.

¹ Del Ministerio de salud y el Instituto Nacional de medicina legal y ciencias forenses y a nivel global por la OMS.

Hablar del ideal de longevidad es una gran ilusión, pues los diversos estilos de vida entronizan hábitos que atentan contra la propia integridad permanentemente, poniendo en tela de juicio los principios de vida que como comunidad se proclaman y se defienden de cara al suicidio. Hay demasiada hipocresía al descubierto frente a un hecho como este, cuando en comunidad nos aplaudimos el consumo de licor, el consumo de drogas, de cigarrillo entre otros malos hábitos. Incoherencia muy cimentada que da evidencias de lo que podríamos llamar un *suicidio paulatino*. Poco o nada se habla de la deshonra que le procuramos a la vida con los malos hábitos de alimentación y que son otro de los principales condicionantes de padecimientos graves que deterioran nuestra salud.

La longevidad acompañada de múltiples padecimientos no es un escenario de admirar. Lo ideal sería aceptar que la mayoría de los habitantes son protagonistas de rutinas poco saludables que demuestran nuestra consciencia mediocre y un vínculo superficial frente a la vida.

¿Que alimentan el estigma que nos genera la muerte por suicidio? Entre ellos el hecho de omitir una reflexión constante sobre la muerte. La filosofía antigua nos ilustra muy bien acerca de un nivel virtuoso de conciencia. Con Sócrates nos muestra a un personaje que gracias a su estado reflexivo consideró la muerte oportuna no porque tuviera la edad adecuada y porque quizá había vivido lo suficiente, sino que, como bien lo sabemos, la forma que eligió para morir al tomar la cicuta le evitó una deshonra mayor, pues su estilo de vida evidenciaba que estaba preparado para morir cualquiera que fuese el momento. Es pues característico de Sócrates la herencia de una postura reflexiva frente a la vida. Los seres humanos tenemos la capacidad de reflexionar y es necesario para desarrollar nuestro criterio.

Es importante considerar que la ausencia de reflexión nutre el miedo que emite los juicios sobre la vida ajena y coarta nuestra autonomía, suprimiendo el respeto que fundamenta y demanda la dignidad.

Sentir que la vida es un *don* posee quizá una raíz más honda que la guía de la tradición religiosa: Históricamente se ha mencionado que la tradición religiosa ha sido una de las responsables de la estigmatización del suicidio, pero no se ha tenido en cuenta que dicha estigmatización tiene una raíz mucho más honda, constitutiva de nuestra realidad: los seres humanos no nos autoprocreamos y, en este sentido, independientemente del pensamiento religioso de la idea de un Dios creador, tenemos la intuición cimentada, el sentir inherente, de que nuestra vida es algo recibido, es un *don* y que por eso no tenemos derecho a apropiarnos de ella; que atentar contra ella nos deshumaniza.

Normalizar la desvalorización de la vida de forma cotidiana, también alimenta el estigma frente al suicidio, pues todas las adicciones y demás actos desequilibrados que ejecutamos deberían estar sobre la mesa a la par que la conducta suicida. Dimensionar la paridad en gravedad que implica cada experiencia mencionada nos ayuda a desestigmatizar el suicidio porque si lo pensamos bien ¿acaso no padecemos como familia, como comunidad, el dolor del padre alcohólico, del vecino drogadicto y de la madre con vida sedentaria e insomnio? El sufrimiento es palpable entre múltiples experiencias negativas que generan las adicciones, por ejemplo. Muchos buscarán, entonces, argumentos para explicar “la gran diferencia” entre ese daño paulatino que nos procuramos y un daño sin tiempo, total; que constituye el suicidio. No encuentro un argumento ratificador para estigmatizar el suicidio y normalizar los malos hábitos y sus consecuencias; postura que, desde el miedo a la muerte, que se proyecta como inherente al ser humano, juega a esperar los designios del tiempo o de un poder distinto al suyo esperando de forma pasiva el desenlace.

El placer es relevante en nuestra experiencia vital, porque el ser humano al condicionar sus decisiones por placer elegiría una vida en adicciones, contrario al suicida que quizá ha tenido una impresión clara y contundente de las condiciones efímeras del placer y no quiere someterse a una adicción o a una dependencia y prefiere suprimir la vida. Pensaba en la condición anterior y recordaba a Camus y su teoría de lo absurdo.

El *suicidio paulatino* como un acto cotidiano hace parecer el ideal de equilibrio como algo quimérico. Como ya lo sabemos, el caos empieza a nivel individual y se proyecta. Estigmatizar el suicidio ha sido una acción bastante ineficaz porque en el propósito de elevar nuestra consciencia, se debe aclarar que solo una posición amarillista señala la gravedad del hecho en aquel que se dispara, en quien ató una soga a su cuello; y normaliza los suicidios paulatinos que abundan en nuestro barrio, casas, familias, comunidad y país. Algo se está pudriendo y no es en el cuerpo, porque en muchos casos el suicida no quiere renunciar al cuerpo sino al aprendizaje del alma. ¿Entonces, por qué estigmatizamos la muerte por suicidio si la única diferencia de los suicidios paulatinos a los que nos sometemos es quizá la oportunidad de ganar tiempo o parecer menos culpables? Quizá mientras llega la muerte y asumo las consecuencias de mis actos y cesa mi dolor logre ver a la cara la vida su valor y la honre. Es prioritario resaltar desde allí la gravedad de aquello que se ha normalizado.

¿Qué constituye el ser semejantes? ¿Somos semejantes? tengo la leve impresión de que algunos seres vivos no logran hallar tal semejanza.

Solía pensar en aquellos seres humanos que se privaron de la vida y sentía nostalgia. Pensaba que si hubieran sentido el poder divino como yo lo siento, si tan solo se hubieran percatado del orden admirable que sostiene el mundo...Y entonces, llegaban a mi mente los tantos poetas que han elegido el suicidio como acto final de su transitar y concluía: ¡Quién como ellos para desbordar en apreciación de aquel admirable orden!

Lo anterior ejemplifica una vez más que nuestras apreciaciones frente a decisiones ajenas están totalmente limitadas.

El desarrollo teórico debería ser tenido en cuenta en el día a día de nuestras acciones. La consecuencia ideal de profundas reflexiones sería permear nuestra cotidianidad de sentido y claridad. Sin embargo, una de las intuiciones más claras que tenemos es que es muy complejo dar extensión en lo cotidiano a los conceptos. Estos parecen condicionar nuestras interacciones, cada experiencia; *pero el uso de algunos conceptos denota una ambigüedad muy marcada*. Hablamos, por ejemplo, del *Respeto*, pero lo experimentamos de forma oportunista. Así, cuando juzgamos a quien se suicida invadimos un espacio demasiado íntimo, totalmente ajeno, que posee una gran verdad; buscamos claridad acerca de las motivaciones que lo provocan sin haber estado jamás en capacidad de lograrlo y contribuimos a estigmatizar el fenómeno.

“Yo no puedo elegir morir”, piensa un sujeto cristiano con ideas suicidas que siente la presión social, la ambivalencia de la vida; pero a la vez se descubre asistido por la oración que lo purifica de lo mundano y *lo libra de todo mal*². Siempre le enseñaron que Dios le ama y cuida de él. ¿Y si fue de Dios el susurro?: “¡Es momento de partir, lázate al mar y hazte uno con el todo de nuevo! Si quieres despídete, te daré unos minutos para escribir una última carta” ...Aunque no creo que lo suyo sean las despedidas...

² Salmos 121: 7-8, Reina Valera.

Podría la realidad sustentar una posible concepción de un Dios indiferente frente a la angustia que sentimos, frente a la muerte y sus distintas maneras de tomar la vida. En esta versión pareciera que el todopoderoso nos ve como simples actores de reparto.

Consideraba que una forma sencilla de desmitificar el suicidio era reconocer que no teníamos soberanía sobre nuestra vida, como se relata en las Sagradas escrituras en el libro de Job: *Jehová dio y Jehová quitó, sea el nombre de Jehová bendito*³. Y que sea cual fuera la forma de morir, nuestra existencia estaba mediada por un propósito divino superior a nuestros anhelos, seríamos simples títeres, sin mayor poder; lo que *no* solemos pensar desde nuestra desbordada soberbia.

Meditar sobre el suicidio hace indispensable retomar el tradicional diálogo entre determinismo y libre albedrío que ha ocupado la historia y donde muchos científicos, filósofos y teólogos han sido protagonistas. Dennett (2000) ilustra la sinergia entre libre albedrío y determinismo: *Cuando usted controla su avión no lo hace controlando todas las causas que lo influyen. El clima, la densidad del aire, y la fuerza de gravedad, por ejemplo, están fuera de su control, y son las fuerzas principales que actúan sobre el aeroplano. El hecho de que el avión esté sometido constantemente a la fuerza de gravedad no le impide controlarlo pues en cierta medida, la gravedad ayuda al control* (p.70). Como seres humanos tenemos nuestra conciencia en alta estima y frecuentemente nuestro ego se desborda y nos consideramos una especie superior. En un ámbito filosófico hablamos de lo virtuosa que es nuestra voluntad.

³ Job 1:21, Reina Valera.

Identificar las aristas del estigma sobre el suicidio, ya sea en una experiencia cercana o en la conmoción que genera a nivel cultural, ratifica la complejidad del mismo y su necesidad de proponerlo en una situación dialógica prioritaria. Incluso una definición tan escueta como la del diccionario (El “*suicidio*” como un *acto voluntario por el que una persona pone fin a su existencia*⁴), nos remite a conceptos profundos tales como voluntad, razón y muerte, por ende, a la *libertad*.

El suicidio nos recuerda el límite de nuestra acción, de nuestro libre albedrío y de nuestra voluntad, nos recuerda hasta dónde puede arrastrarnos nuestro ímpetu cuando contraría la fascinación de sentir y de existir. El suicidio quiere, en fin, mostrarse como la cúspide de nuestros alcances.

Para Schopenhauer la libertad puede ser sencilla y básica. Se refiere en un primer momento al ámbito “físico” en función de lo que nos limita desde lo concreto (estar, por ejemplo, en una cárcel); a cierto bloqueo en relación al objeto. Y en un segundo momento se refiere a lo intangible, por ejemplo: las emociones, ingrediente que inevitablemente participa del suicidio. Por ende, la ambigüedad que se da en diversas apreciaciones sobre este último. Y no puede ser de otra manera pues este surge de una individualidad, espacio cerrado, centrado, que quiere ser genuino.

Cuando reflexionamos sobre el suicidio, es inevitable pensar en el lugar que ocupa “la muerte” como la promesa de mayor certeza que tenemos.

⁴ Diccionario de la RAE

Se suele solicitar tomar postura a favor o contra del suicidio lo que es bastante superficial, pues quienes están en contra empezarían a parcializar la libertad que tal acto implica expresando su creencia fundada en el rol de Dios en nuestra vida y quienes están a favor no serían capaces consolidar una comprensión generalizada de las razones por las que la vida pierde valor para alguien. Para evitar dicha dicotomía, sería bueno, tratar de acercarnos con aceptación respetuosa de un hecho tan individual, que plantea siempre límites a nuestra aprehensión.

Como asunto principal encontramos la *libertad* que está en juego en el acto del suicida, Dicho de otra manera, hablar de suicidio es convocar la comprensión de lo que constituye para el ser humano la libertad. Y, sin embargo, la libertad es concebida de diversas maneras, lo que potencia la complejidad del fenómeno.

Cuando alguien manifiesta la intención de suicidarse muchos se sienten con derecho a juzgar, manipular sobre todo en caso de compartir creencias religiosas acerca de la existencia de un ser Todopoderoso, el argumento de “la culpa” muy posiblemente evitará el suicidio o ejercer coacción física, impidiendo que ejecute el acto, en nombre de sus creencias sobre todo religiosas. Pero podrían ser creencias de otro tipo que evidencian el uso oportunista del concepto “Respeto” y así se suele argumentar que el suicida no es dueño de su vida porque de esta solamente es dueño el creador o porque esta es un don que le viene de la naturaleza, pues los seres humanos no nos auto-procreamos. Este tipo de coacción intangible puede ser tan peligrosa como la peor de las cárceles porque invocando diversas razones queremos hacer que el suicida desista de su impulso. Suponemos que tenemos claridad sobre un bien ajeno, porque somos egoístas y nos consideramos capaces de contener la vida ajena cuando ya es un reto hacerlo con la propia.

Mill hace tres siglos considera que la intromisión en la libertad del otro debilita su actividad creadora y por eso nos decía: *(..) el único objeto que autoriza a los hombres, individual o colectivamente, a turbar la libertad de acción de cualquiera de sus semejantes, es la propia defensa; la única razón legítima para usar de la fuerza con un miembro de una comunidad civilizada es la de impedirle perjudicar a otros; pero el bien de este individuo sea físico, sea moral, no es razón suficiente. Ningún hombre puede, en buena lid, ser obligado a actuar o abstenerse de hacerlo, porque de esa actuación o abstención haya de derivarse un bien para él, porque ello le ha de hacer más dichoso o porque en opinión de los demás hacerlo pueda ser prudente o justo (...)* Para aquello que no le atañe más que a él, su independencia es de hecho absoluta. Sobre sí mismo, sobre su cuerpo y su espíritu, el individuo es soberano (P, 17).

El ámbito sagrado de la vida no dista del derecho de toda persona a pensar lo que quiera y sobre lo que quiera actuar, bajo las condiciones que exige, por supuesto, la convivencia civil. Es un derecho de toda persona sobre su propia vida. Deberíamos en consonancia con la defensa de la libertad, aprovechar la ocasión para entablar un diálogo con él o con ella sobre las razones profundas que tiene para desistir de vivir. Tal acción sería confirmar *el respeto* profundo que “tenemos” por la autonomía del otro y por sus sentimientos. La escucha nos permitiría acercarnos a su universo más íntimo, a conocerlo, a saber, sus razones y parte de su historia y acercarnos de esta manera a su horizonte de mundo ya con el conocimiento obtenido a través del diálogo y de la escucha sopesar las razones que tiene para suicidarse. Ello nos permitiría tender no solamente un puente hacia él, sino, desde el principio, tratarlo de manera más digna y humana, tal como yo quisiera para mí en casos análogos. Nos concedería, también, una apertura para comprender mejor el suicidio con una mirada menos restrictiva que la que prevale en las sociedades contemporáneas; mirada que no rinde honor a la autonomía y la libertad de las personas.

El dolor se ríe con la muerte, de la inocencia del suicida; la angustia no se va, solo viste al dolor para encarnar un nuevo cuerpo.

No estoy a favor ni en contra del suicidio, estoy a favor de lo que representa para nosotros como seres humanos el concepto de *respeto*.

El suicidio voluntario ostenta un precio demasiado alto: promete aligerar cargas, pero priva de la alegría experimentada al vivir y se convierte en un intento de persuasión de audiencia incierta. Su impacto es aleatorio.

El juicio que hace la comunidad sobre el suicidio de una persona que es o no famosa diciendo que es un acto deshonesto, oscurece lo que dicha persona ha hecho con su vida, aunque esta haya sido virtuosa. Dicho de otra manera, la restricción que como individuos experimentamos en sociedad nos condiciona tanto, que despedir la vida suicidándose oscurece toda la existencia virtuosa que pudimos haber transitado. Esta idea fue expresada en su tiempo por Dante:

Alma lastimada, repuso mi sabio, si él hubiera podido creer antes lo que había visto solamente en mis versos, no hubiera extendido la mano contra ti; pero lo increíble de la cosa me hizo inducirle a que hiciese lo que a mí mismo me causa pesadumbre. Dile, sin embargo, quién fuiste tú, para que por vía de alguna reparación restaure tu fama en el mundo, adonde le es permitido volver.

Y el tronco: “Tanto me lisonjeas con tus dulces palabras, que no puedo callar; y no os sea molesto que me entretenga un poco en lo que os diga. Yo soy aquel que poseyó las

dos llaves del corazón de Federico, y que las manejé, abriéndolo y cerrándolo tan suavemente que aparte de su confianza a casi todos los hombres. Condújeme con fidelidad en mi glorioso oficio, tanto, que perdí en él salud y vida. La cortesana que jamás apartó del palacio del César sus malignos ojos, muerte común y vicio de los de las cortes, encendió contra mí todos los ánimos, los cuales en extremo encendieron también el de Augusto, que mis gustosos honores se convirtieron en tristes exequias. Por satisfacer mi ánimo su indignación, y creyendo que con la muerte evitaría su menosprecio, me hizo injusto contra mí mismo, que tan justo era. Por las nuevas raíces de este tronco os juro que jamás quebranté la fea mi señor, dignísimo de ser honrado. Y si alguno de vosotros vuelve al mundo, que realce mi memoria, postrada aún por el golpe que le asestó la envidia. p 103-104.

Y en la última época por Critchley:

¿Qué clase de coherencia imprime el suicidio a una vida? (...) el suicidio produce una curiosa inversión de la biografía, en virtud de la cual todos los actos se leen hacia atrás a través del prisma del último momento p 88,89.

46

Haber sido guía y faro para otros, proyectarse como un ser virtuoso genera una expectativa de permanencia, que pareciera contraria el hecho de autoaniquilarse.

47

Quien se opone al suicidio parece decirnos: “Sabemos que la vida es difícil; por eso es loable sostenerla, lidiar con ella”. Esta actitud puede ser fundamento constitutivo de valores como la persistencia y la perseverancia; de allí que cuando alguien se suicida es juzgado negativamente pues aplaudir el suicidio podría desdibujar la ética establecida en las interacciones humanas y con demás seres vivos.

El suicidio es un intento de persuasión fallido.

El suicidio nos confronta, la palabra “suicidio” también; uno y otra están estigmatizados. Es así porque asumimos que el suicidio es “pérdida” de una vida en sentido estricto, pero no vemos que hay un sentido encubierto de este vocablo que se refiere a la intención de lo que con su acto quiere significar el suicida. En cierto momento advertimos que de forma sutil este último nos llamaba a despertar a la vida y no lo supimos comprender.

Respecto del suicidio, hablamos de “pérdida” en dos sentidos. En el primero la muerte nos confronta al mostrarnos que nuestra interacción con quien reclama autonomía sobre su vida no fue suficiente para llamar nuestra atención y persuadirnos; en el segundo la muerte tampoco lo logra. Nos sentimos confrontados al advertir que los esfuerzos vitales de un prójimo no ayudaron a dilucidar la realidad mutua.

El suicidio nos recuerda nuestros alcances en materia de acción, hasta dónde podemos llegar con nuestro libre albedrío, movilizar nuestra voluntad y arrastrar nuestro ímpetu, se proyecta como la cúspide de nuestros alcances, y así, después de ilustrarse de forma grandiosa respecto de este pensamiento en Cioran, Critchley plantea que: Ser humano significa tener la capacidad, en todo momento, de quitarse la vida. El mundo puede someternos al cautiverio, la humillación, el desencanto, la enfermedad..., pero no puede arrebatararnos la posibilidad del suicidio. Pues en tanto conservemos este poder en nuestras manos, seremos, en un sentido mínimo pero real, libres. Las religiones como el cristianismo prohíben el suicidio debido a la amenaza de insubordinación que encierra: el rechazo al dominio de Dios, del rey de la iglesia o del Estado. *“El suicidio es uno de los caracteres distintivos del hombre, uno de sus descubrimientos”*, escribe Cioran, *“ningún*

animal es capaz de él y Los Ángeles apenas lo han adivinado”. p,96. Y aunque es un hecho sentido como fatal, parece mostrar, diríamos nosotros, que la vida si nos pertenece al convertir su desenlace en la afirmación más rotunda de nuestra autonomía.

52

Critchley recuerda que algunas personas al escoger suicidarse se tiran de un puente mirando hacia la ciudad. Dice del suicidio que es un llamado de atención. ¡Pero a qué precio, dado que dicho propósito no se cumple! Quizá logra ser algo mediático que zarandea a la comunidad, aunque por la forma como seguimos viviendo y relacionándonos se podría deducir que su impacto es muy sutil, derroche de vida que no logra transformaciones positivas y trascendentes. Nuestros ritmos acelerados nos absorben tanto que no logramos permearnos de ese acontecimiento de modo que trascienda nuestra conciencia hacia una postura distinta frente a la vida que sea más asertiva o consciente. Dado que *el suicida puede ser una persona altamente sensible* y su pretensión de fondo puede ser persuadir, podemos considerar que el agobio que nos genera el suicidio proviene de sentir que es una pérdida, pues no logra elevar nuestro estado de conciencia.

53

La aflicción que experimentamos en demasía es porque reconocemos la singularidad del ser y su irremplazable existencia

54

Puede ser que nos sintamos confrontados al darnos cuenta de que nuestros esfuerzos vitales no permiten abrazar la realidad en su totalidad... La muerte tampoco.

El suicidio causa una muerte prematura dirán muchos, sin entender lo que dicen. Sin lograr ver el rostro de la muerte que los habita, sin lograr calcular la fatalidad de su dilatada existencia.

Ha sido infructuoso el intento de persuasión a un semejante, a una comunidad entera con su suicidio, pues no logro advertir que este trascendental acto no nos confronta. Para evitar el pesimismo frente a un futuro de posible elevada conciencia, digamos que en cierta medida promete obligarnos a “hacer ver”, pero la realidad nos muestra que esa muerte nos zarandea unos instantes sin evitar que regresamos al permanente letargo que nos es cotidiano, al tipo de muerte que nos absorbe de manera paulatina; que no es conocida; la que logra pasar inadvertida; que se contonea frente a la vida, habitando la mano que sostiene el cigarrillo, al pulmón que disfruta el humo, a la comida que satura las venas, a una droga que destruye la vida lentamente.

Nos aflige sentir que el acto del suicida es definitivo e irreversible y descubrir así que un suspiro no le devolverá la vida; que la “idea” que yo tenga nunca logrará permear, ni aconsejar, ni contener. El hecho viene a recordarnos la constante de cambio que se anula, donde nuestra rebeldía genuina e individual nos concede elegir.

Pienso en el inmenso valor de la memoria porque en ella encontramos razones para salvarnos de la muerte.

¿Quién dirige todo? ¿Quién es el responsable del lugar donde se sitúan nuestras emociones, sensaciones y anhelos, de todo lo que es inherente al ser humano, de todo lo que hace parte de una esencia como seres sensibles?; ¿Cómo se hizo posible que tengamos miedo a tan siquiera sentir que la vida nos desborda y a hablar acerca de nuestros deseos de morir? *¡Y de eso no se puede hablar!*; pero sí, “hay alguien” que tiene la autoridad para decir que hay un rango de vida potencial para el capital que se pierde por los suicidios. ¿En qué momento pasamos a ser solo parte de una estadística que nos registra sirviendo de tapete para enunciar que lo importante es preservar la vida porque contribuimos al capital y debemos cumplir con un rango de vida? Los hallazgos sobre los hechos suicidas terminan siendo solo un registro efectivo para la medida de AVPP que se consolida por muertes consideradas prematuras.

He experimentado la certeza de que una idea suicida debe ser replanteada y relegada porque, aunque creer en un Dios heredado ha sido conflictivo, sentir la asistencia de un poder superior ha sido una experiencia innegable; podría decir que sus ángeles siempre han asistido mi vida, tanto los alados como los caídos... Lo anterior para considerar que las historias que nos cuentan desde niños son parte constitutiva del imaginario que crea nuestros pensamientos y fundamenta nuestra participación en comunidad. Y es que, a decir verdad, casi siempre que expresamos nuestro punto de vista o emitimos juicios, nos sentimos convencidos y seguros de aquello que enunciamos. Muchas de las personas que experimentan ideas suicidas callan por lo coaccionadas que se sienten de ser juzgadas o señaladas, y esto imposibilita un diálogo que puede resultar esclarecedor: hablar de ideas suicidas es reconocer *la pulsión de muerte* que, según Freud, nos habita como seres humanos.

El impulso de agresividad no es inherente, nos dice Freud. Al no ser exteriorizado podría aniquilarnos. El suicidio nos confronta porque devela que la agresividad cuando no se exterioriza termina consumiéndonos.

El suicidio nos abruma porque nos recuerda a gritos el inconmensurable poder que nos habita; porque nos recuerda que nuestra puesta en escena tendrá un fin; hecho que suele pasar desapercibido; permitimos que la vida sea de color rosa o muy gris porque sostenemos nuestra existencia en un estado distraído, por eso una noticia de muerte por suicidio, nos agobia.

La reflexión sobre la muerte no ocupa un lugar privilegiado en nuestra conciencia, ni en nuestros discursos, por eso estamos tan distantes de la vida; parecería que hay una necesidad fundamental de aceptar la brevedad de la vida puesto que el instante fatal, ajeno o propio, siempre llega para zarandear y no precisamente para congraciarse con ella. *Y en efecto, nos dice Jankelevitch (2009), a cualquier edad uno fracasa al enfrentarse a su fin. Por viejo que uno sea, uno muere siempre demasiado pronto: pues en esta materia todos los finales son prematuros. (p.30).*

Para algunos hablar del instante que suprime todo nuestro poder, es infructuoso. Como si la muerte solo les aconteciera a otros, como si viviéramos confiados a un transitar en lucidez y cordura, como si tuviéramos la certeza de que poseemos una mente equilibrada que siempre podrá elegir sabiamente; ¿y es que acaso elegir morir, deshacerse de una vida gris, no contiene genuina sabiduría para quien lo hace?

¿Qué fundamenta validar o invalidar un acto ajeno? Cuando descubro a otro como mi semejante es fundamental resaltar la labor que constituye el respeto, pues desde allí puede darse una salida al agobio que suscita el suicidio. Obviando la importancia del respeto hacia otro... tomamos postura, opinamos y enjuiciamos su proceder.

Desde el siglo XIX se empieza a incorporar la visión del suicidio como trastorno mental, y queda relegado como “pecado”⁵; dado que continúa posesionada esta concepción, es menester volver a ella y preguntarnos bajo qué lineamientos establecen la siquiatria, la psicología y sociología sus estándares y determinan un suicidio. Si el planteamiento es que hay ausencia de lucidez al elegir autoaniquilarse, me preguntaría, entonces ¿Qué constituye la cordura?; ¿Acaso un comportamiento guiado por tradiciones conservadoras que te dictaminan qué es correcto y qué no? o, en sentido aparentemente contrario, ¿Quizá una vida sostenida con alucinógenos, alcohol o malos hábitos alimenticios?

Creo que el aspecto ambivalente tanto en el proceder del ser humano como en el ritmo de la vida nos desconcierta, nos genera mucha inquietud. Tener en cuenta la ambivalencia que experimentamos quizá nos concedería una mirada neutral y una forma apropiada para juzgar o analizar el suicidio.

⁵ Ver Hernan Neira: Suicidio y misiones suicidas: revisitando a Durkheim <http://orcid.org/0000-0003-3198-7242>

Cuando se habla de “respetar la vida en sí misma” se pretende justificar el irrespeto causado al intervenir el proceder ajeno. No se entiende que es la dignidad la que fundamenta el respeto.

Tratar de comprender el suicidio es como *danzar alrededor de arenas movedizas*. Por eso nuestra respuesta ante él está repleta de inquietudes, juicios y conmoción. El miedo es reflejado de esa manera al constituirnos como seres racionales y estar permeados por las investiduras sociales, políticas y religiosas que constituyen nuestros razonamientos frente a la muerte. En consonancia Critchley dice: *El temor a la muerte no es innato a los seres humanos, sino que les ha sido inculcado por la autoridad espuria del rabino, el sacerdote o el imán p.40.*

La soberanía es algo que se comparte y reparte en las complejas redes de dependencia humana (Critchley, pp.55-56). Hablar de suicidio es dar paso a reconocer y aceptar que este hecho no puede ser considerado de forma unilateral sino desde múltiples escenarios, evitando prejuicios para esclarecer su móvil tan rotundo como lo puede ser una idea suicida, hecho no menor en nuestra cotidianidad.

Dependiendo de cada época se podría identificar quién tenía el poder sobre el cuerpo, quién podía gobernar o dominar nuestras vidas... autoridades irracionales que ancestralmente han ejercido poder sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas, han construido el tabú que representa para nosotros hablar tan siquiera de una ideación suicida, una conducta suicida o un suicidio consumado.

Nos genera tanta conmoción el suicidio que quisiéramos hablar en susurro, considerarlo imposible. Deseamos olvidarlo, darle otro nombre (como es el caso de tantas muertes por suicidio que pasan por accidentes). Quizá si pudiéramos regresar el tiempo no habríamos creado el concepto, ni contribuido a su uso y consolidación porque habríamos advertido que las palabras son mágicas, tienen poder y construyen realidad.

Superar la bruma que envuelve al suicido como concepto y contundente hecho, es que cuando reconozcamos una posible conducta suicida al transitar al lado de alguien, le preguntemos: ¿qué más te apetece vivir?; ¡por favor, no le des una palmadita en la espalda! y sugieras “no te iras a suicidar”.

Reconocer la incertidumbre que pesa sobre nuestra existencia es considerar que una idea suicida puede habitar a nuestro amigo, familiar o conocido y que el asertividad que nos damos y ofrecemos se funda en recordar la muerte como única promesa que se cumplirá para, así, disfrutar cada instante de la vida como lo permita nuestra imaginación.

Mi mejor deseo será que podamos reconocer a las personas hipersensibles e instar a proyectar su genialidad y con eso darle un poco más de tiempo a su existencia.

“Si un día decido renunciar a la incertidumbre de mi muerte quisiera poder hablar libremente, si un día decido que es hora de morir y me otorgo el máximo uso del regalo de la vida, quisiera que todos aplaudieran y sonrieran en comprensión de mi libertad, quisiera que se tenga en cuenta mi papel temerario y jamás se pusiera en tela de juicio mi lucidez”.

Razón de vivir

*Para decidir si sigo poniendo esta sangre en Tierra
este corazón que bate su parche sol y tinieblas
(...) para recalcar que estoy vivo en medio de tantos muertos
para aligerar este duro peso de nuestros días y esta soledad que llevamos todos Islas
perdidas
para descartar esta sensación de perderlo todo y analizar por donde seguir y elegir el
modo (...) ¡Ay! Fogata de amor y vida, Razón de vivir mi vida.*

Víctor Heredia

Bibliografía

Alighieri, D. (2024). *La divina comedia, Canto decimotercero*. Editorial océano. México

Camus, A. (Ed.) (2021). *El mito de Sísifo*. Bogotá, Colombia: Editorial Random House

Freud, S. (Trad.). (2017). *El malestar en la cultura*. España: Ediciones Akal

Critchley, S. (Trad.). (2022). *Apuntes sobre el suicidio*. Barcelona: Editorial Alpha Decay

Dennett, D. (Ed.). (2000). *La libertad de acción: Un análisis de la exigencia de libre albedrío*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Fuster, J.(Trad.) (2014). *Cerebro y libertad. Los cimientos cerebrales de nuestra capacidad para elegir*. España: Editorial Planeta.

Jankélévitch, V. (Trad.) (2009). *La muerte*. España: Editorial Pre-textos.

Mill, J.S.(Trad.) (1971). *Sobre la libertad*. España. Editorial Aguilar

Montaigne, M. (Trad.) (2007). *Los ensayos*. Barcelona: Editorial Acantilado.

Neira, Hernán: *Suicidio y misiones suicidas: revisitando a Durkheim*
<http://orcid.org/0000-0003-3198-7242>

Schopenhauer, A. (Trad.) (2007). *La libertad*. México: Ediciones Coyoacán.

Tolstói, L. (Trad.) (1882). *Confesión*.

OMS <https://www.who.int/es>

https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/878249/Forensis_2021.pdf